

estas: Niña, ¿por qué es V. tan perra y tan soberbia? ¿por qué nos trata tan mal delante de la señora? Y entónce la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad, le decia. „Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así: ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo. Ella me dice que os acuse, que os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estais atenedas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hicieris os echarán noramala de casa.” Ya se vé que la niña hablaba la verdad: su madre así lo decia; y estas seguramente son unas máximas bellísimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servir las.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por órden de su mamá miéntras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas

sirvientas, para entretener el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejos á la niña. ¿Y qué cuentos eran estos? ¡Friolera! cosas importantísimas y dignas de que las supiera una niña decente y que no se que-ria contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerías, brujas, amuletos, talismanes (*) y trescientas mil soflamas y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura; pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se descrée en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han experimentado un milagro verdadero, ni se han hallado un real enterrado; y sin embargo,

(*) *Talismanes: figuras hechas de algun metal ó grabadas en una piedra con correspondencia á los signos celestes, a los que supersticiosamente atribuyen alguna virtud. La manita de azabache, el colmillo de caiman contra el aire, el ojo del venado contra el mal de ojo, el chupamirto para hacerse amables las mugeres, y otras supercherías semejantes que aun respeta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.*

defienden á puño cerrado estas cosas, y aun las confirman con sus canas, años y autoridad á costa de mentiras, dándose ellos mismos por testigos, y aturdiendo con esto á los simples que los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educacion moral de Pomposita. Miéntras mas crecia en edad, se perfeccionaban las facciones de su cara. Estas, juntas con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque en efecto era habladora, la hacian célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudian de bonita, viva, discreta, salerosa y curra. ¡Elogios malditos y dañosísimos en los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y bárbaros aduladores cuanto las perjudican, haciéndolas tenaces partidarias de la moda, orgullo y presuncion.

No es de extrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, miéntras mas se adelantaba en edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento

con mas perfeccion, su soberbia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á quanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba mas tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamas los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga V. Herrera, mire V. Rios, escuche V. Valdes. . . . Este era el modo con que la niña nombraba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles &c.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *Marquesito, marquesito*. Confieso que pensé que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marques de S. hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad que unos decían que era franca, marcial, del día, y que sé yo: y otros la tenían por una muchacha mal criada. En efecto, yo no soy calumniador. La pobre niña no tenía la culpa: veía que su mamá y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente. ¿Qué había ella de hacer sino seguir su ejemplo?

Sin embargo la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá el coronel la tenía enseñada á que distinguiera de sujetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los currillos y mocitos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distincion, los nombraba con respeto: de usía ó usted segun su clase.

Este modo la conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veían tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban y mas en una criatura tan pequeña. Todos la abrazaban, la celebraban, y la tenían por una niña bien criada, porque sabia dar

á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del día.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que D. Di. nisio disimulaba con prudencia.

No tenía tanta Eufrosina la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando explicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entre colérica y sonrojada Eufrosina dijo al coronel: Y bien, hermano, habrá V. quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no, no se engría V., porque, yo siento decirlo, al fin estimo á V. como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero la verdad, la está V. dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una muger para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorías ó usted, hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas, son vejestorias, antiguallas y payadas. No señor, las mugeres siem-

pre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy bien las atenciones de los hombres á quienes har-to favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestándonos las mugeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas llanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, ¿qué fuera si nos humilláramos como las payas? ¡Jesus! nos quisieran tratar á la baqueta, se darian por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearian sus obsequios y comedimientos, y creerian tener en cada señorita una criada mas á quien mandar. Yo digo á V. esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demas V. es su padre, y hará lo que le diere gana. En todo caso V. no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya V. ve que estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hacer medio santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban

á mi hija como á la de V. sin saber por que alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café y el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya V. vé qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos, tontos, viejos, hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que V. hará lo que le dé la gana, pues al fin es su padre, y yo no me debo meter en la renta del excusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermón que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: V. hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda; porque es muchacha y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger.... Y dígame V. ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué, tiene baile la Tello?—Sí tiene: si se ha casado Carmelita.

—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Sí, hermana, coman VV., que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestacion con su cuñada; pero como Matilde habia oido hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cuál de las dos crianzas seria la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, la dijo: Tu hermana habló como una muger necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque seria infrutuosa á los dos; yo no tenia que aprender nada de ella, ni tampoco queria ella vencerse de mis razones; mas á tí que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana; porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningun título, alguna superioridad

sobre los hombres, como crée tu hermana.

Por la ley natural, por la civil y por la divina, la muger hablando en lo comun, (*) siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza, siempre sabia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso para que esta misma debilidad física de que hablo, les sirviera como de parco ó excepcion para conservarse en aptitud para ser madres, y sostener la duracion del mundo. Creo que no me entiendes: te lo diré mas claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos, su sapientísimo Autor, no concedió á las mugeres la misma fortaleza que á los hombres, para que estas, separadas de los trabajos peculiares á aquellos, se destinasen únicamente á ser las delicias de la mitad del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagacion del linage humano.

Cuando te digo que las *primeras y principales*, no quiero excluir á los hombres

(*) *Los ejemplares que se pueden citar de algunas mugeres que sentadas en los tronos han logrado no solo la absoluta independenciá de los hombres, sino la dominacion sobre ellos, son excepciones de esta regla.*

de esta primacía; no te hablo como físico ni como médico. He leído algo del arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé por qué; pero no me toca explicarlo, ni á tí te importa mucho el saberlo. Te hablo únicamente como filósofo; y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora sí pienso que has comprendido cuan gravoso es el cargo de una madre, cuan recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuanta razon la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles infinitamente por otra. No tenga, dijo en el acto de su formacion, no tenga la muger la robustez del hombre que rinde á una fiera; no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento; carezca del teson del es-

tudioso que entre libros y vigiliass se consumen por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el origen y modificacion de las pasiones de los hombres.

Quédense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la militia, los afanes del comercio: resérvense los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan la física, química y matemáticas; arriésguense á los mares, y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el íris de sus disturbios, el imán de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas, y el último consuelo en sus adversidades y desgracias; quédese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el depósito de los sabios, el abrigo de los generales, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto es la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se crian

los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mia, cuanta es la dignidad de las mugeres consideradas como esposas y madres de familias, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, despues de todo, esta misma debilidad las hace *inferiores á ellos por ley de la naturaleza*.

En consideracion á estas cosas, las leyes la han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privacion resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo, que los hombres en haberlas excluido de estos cargos, no han hecho mas que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hombre que las vitupere por razon de la diferencia del sexo, debe ser declarado por necio, y por ingrato; pero al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente las mugeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. ¡Qué

bien se acomodaria una muger con un niño en los brazos asido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusil! Lo mismo digo de una pluma, un formon, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres; era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mugeres sean inferiores á los hombres por ley divina, no tiene duda. Expresamente condenó el Señor á Eva, y en ella á todas las mugeres, á estar sujetas á los hombres en castigo de la culpa original. Esto todos los saben; y así insistir en ello parece que toca en bobería....

¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde; pues á mí me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mugeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó á lo ménos que no lo crée mucho.

Tienes razon, dijo el coronel; tu persuasion es justa, y segun ella debes tener á tu hermana por una necia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infinitas mu-

geres que piensan como ella; mas en obsequio de la verdad y de tu sexo, debes disminuir á lo ménos el cargo que las resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

¿Cómo no? decia Matilde; ¿pues quién la tiene?

Los hombres, dijo el coronel; los hombres que las dan la primera educacion moral en su niñez, y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mugeres, especialmente en las jóvenes hermosas; así como son recomendables cuando piensan con juicio y solidez las mugeres que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decia Matilde, lo que yo saco por consecuencia de tus conversaciones es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las mugeres, y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

Eso es porque no quieres entenderme,

reponia el coronel; yo jamas he sido enemigo de las mugeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso objeto de satirizarlas; sino con el loable fin de que las corrijan, á lo ménos tú que me entiendes; y esto tan léjos está de probar que las aborrezco, cuanto manifiesta mi decidido amor hácia ellas; y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es, no defendiendo á las mugeres por ser mugeres, ni las lisonjeo con exonerarlas de toda la culpa que las echan los hombres; sino que en todo cumpla con lo que me dicta la razon.

¿Acaso crees tú que las mugeres fueran como son, si los hombres fueran como debian ser? De ninguna manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea humilde, honesta y moderada, si su madre por culpa de su marido es altanera con los criados, altiva con las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, malcriada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si la toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de Don Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda, porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion; se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el deprovado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todas y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espíritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel trataba de inspirarla. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que